

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.ª SERIE ✦ BARCELONA, noviembre de 1894 ✦ NÚMERO 4

IMPORTANTÍSIMO

Con el presente número van adjuntas, como regalo, 32 páginas correspondientes al 4.º cuaderno de la novela **Los Voluntarios de la Muerte**. Así es que el precio de esta REVISTA y cuaderno juntos es de **UN REAL**



UNA BRECHA EN EL SITIO DE BRESCIA

SUMARIO

Brescia en 1438.—Delante de Sebastopol (conclusión).—El fin de un sitio.—El caballo blanco (continuación).—Kield.—Variedades.

EPISODIOS DE LA GUERRA

BRESCIA EN 1438

(*De los Paralelos Históricos*)

La ciudad de Brescia hallábase sitiada en 1438 por los milaneses al mando de Nicolo Piccinino. La guarnición no llegaba á mil hombres, y aquéllos contaban con un ejército de veinte mil y artillería de grueso calibre. Los sitiados tenían por jefe al Podestá Francesco Barbaro, uno de los personajes más distinguidos de su época, así en las artes como en las armas. Además de las notables hazañas que de él nos recuerda Soldo, testigo ocular de las más de ellas, Evangelista Manclinus nos ha dejado el relato de aquel sitio. Ciento que en algunas cosas peca de exagerado, pues compara á su héroe con Orfeo, Argos y Briarco; pero cita numerosos ejemplos, así de magnanimitad como de sabiduría, que justifican ampliamente su elogio.

Más de una v z, aunque reducido á la última extremidad, Barbaro rechazó con horror é indignación las proposiciones que se le hicieron para asesinar á Piccinino, y á menudo, cuando el espíritu de los habitantes comenza ba á decaer, reanimaba su valor recordándoles que la salvación estaba en la resistencia, puesto que el enemigo había resuelto no admitir condiciones, habiendo proclamado una guerra de exterminio sin tregua y sin respetar sexo ni edad. Durante la noche clavó en diversos puntos de las murallas exteriores flechas que llevaban papeles escritos para los principales ciudadanos, procedentes, al parecer, de los amigos que tenían fuera; y Barbaro se arregló de modo que se encontrasen por la mañana. Todos ellos, como ya se comprenderá, contenían las noticias y daban los consejos que mejor podían satisfacer las miras del jefe. Despues de pacificar á los que parecían dispuestos á rebelarse contra aquel estado de cosas, Barbaro logró que todos los habitantes hicieran las veces de tropas regulares, levantando toda la población contra el enemigo: burgueses, artesanos, obreros, monjes, sacerdotes, y hasta señoritas de alta categoría, jóvenes y viejas, de todas clases y condiciones, cumplieron con todos los deberes de una guarnición sin murmurar.

«Trabajábamos por dentro,—dice Soldo,—mientras que el enemigo lo hacía por fuera; y con asombro de los sitiadores, cuando un fragmento de muralla caía por efecto del bombardeo, elevábase al punto otro, gracias al infatigable trabajo de manos que nunca se habían ocupado en tal cosa, y de este modo impidiase la entrada.»

Entre las mujeres distinguióse en particular una heroína de noble cuna, llamada Braida. Sus compañeras estaban distribuidas en batallones, que se reunían á toque de tambor, y fueron muy útiles para conducir los cestos de tierra con que se debían reforzar las obras.

Pero la plaza, que había hecho ya estragos antes de llegar el enemigo, se desarrolló más muy pronto, acompañada por la escasez, por lo regular inseparable de un largo sitio; de modo que, según dice Soldo sencillamente, al hablar de las miserias de que participó, «la muerte se cebaba en las víctimas; la pestilencia era extraordinaria, y parecíame que los ciudadanos deseaban sucumbir más bien que padecer tantas calamidades». Solamente quedaron dos mil hombres dispuestos para el servicio, y apenas se pudo armar ochocientos, lo cual no impidió que dos terceras partes de aquel puñado de héroes vigilasen durante la noche en las murallas; y, no contentos con rechazar los frecuentes asaltos, tuvieron la increíble audacia de hacer salidas á menudo.

En una ocasión, habiendo recibido varias fuerzas enemigas orden de avanzar, inspiróles temor el aire de confiada seguridad con que los sitiados esperaban el ataque. Las dos divisiones hostiles estuvieron mirándose, con las armas preparadas, por espacio de más de seis horas, hasta que los brescianos, insultando á sus enemigos por su falta de valor, comenzaron á bailar en las murallas, al compás de la música de sus atabales y trompetas. Los milaneses se retiraron, al fin, á sus líneas, y la valerosa guarnición, aprovechando aquel momento favorable, precipitóse inesperadamente y pa-ó á cuchillo á muchos enemigos, sufriendo escasas pérdidas.

«Los muertos fueron numerosos,—escribe uno de los combatientes, en una carta dirigida al hermano del Dux Foscari;—porque no era nuestra intención hacer prisioneros.» Así este correspondiente como Soldo, hablan con mucha satisfacción usando casi las mismas palabras del feliz disparo que hicieron con una de sus grandes piezas de ordenanza (*la nostra Bronzina grossa*). Nada menos que trescientos hombres (número que, á pesar de este doble testimonio, debemos rechazar como una exageración) sucumplieron por la bala fatal; y el enemigo, estuporfacto al ver los muchos miembros esparcidos ó arrojados al aire en horrible mezcla, apresuróse á emprender la retirada. «Viéronse —dice uno de los testigos—muchos cascos coronados de plumas, que cruzaban el espacio, cubriendo cabezas casi vivientes, lanzadas con irresistible violencia á larga distancia de las murallas.

Los sitiadores, sin embargo, protegidos por sus obras defensivas, acercaban cada día más sus paralelas; sus líneas llegaban ya al foso, que habían cegado; más de una brecha dejaba en descubierto la ciudad, y las minas penetraban hasta su mismo centro. Un asalto habría tenido buen éxito, á no ser por la caída occidental de un lienzo de muralla hacia fuera y no por dentro; y si las enormes moles de pie-

dra hubieran cedido en opuesta dirección, habrían llenado el foso interior, sirviendo de puente para el paso del enemigo. Aquel combate fué comenzado al despuntar el alba, y no terminó hasta el anochecer, siendo el conflicto tan sangriento como inútil; pero el 30 de noviembre los sitiadores bajaron una vez más al foso y ganaron la muralla. «Sin embargo, por la gracia de Dios,—escribe Soldo,—los sitiadores fueron rechazados, y fué una satisfacción ver como los hombres de armas caían precipitados desde las murallas. El aire estaba oscurecido por el humo de las bombardas y mosquetes, por las jabalinas y piedras que se cruzaban entre sitiados y sitiadores. En una parte veíanse cadáveres amontonados; en otra hombres que caían heridos por una bala de cañón ó las de armas menores; aquí se veían cuerpos mutilados; más allá otros que caían bajo los proyectiles, y aquel espectáculo era verdaderamente horrible por la matanza y la sangre que se vertía. Ofianse también los lamentos de las mujeres, unas llorando á un hijo ó un hermano, otras á un esposo ó un padre, y nadie estaba seguro de no quedar hecho pedazos de un momento á otro, hasta las mismas uñas de los pies.

»Por todas partes corrían mujeres y niños (y todos cuantos no podían batirse) para ir á las murallas á llevar á los sitiados pan, queso ó vino y adelantarles á la defensa.»

El enemigo fué rechazado aquel día también, y algunos otros después, sufriendo siempre las más graves pérdidas, hasta que, al fin, á mediados de diciembre, Piccinino, exhausto por la espantosa matanza y abatido por sus derrotas, desmanteló las baterías, quemó sus máquinas, y, al retirarse á cuarteles de invierno, estableció algunos reductos en los principales aproches de la ciudad, convirtiendo el sitio en bloqueo.



DELANTE DE SEBASTOPOL

(Conclusión)

«En mi último ensueño, tan grato como los anteriores, sentí de pronto que sacudían mi tienda, y, al preguntar quién llamaba, contestóme mi asistente que acababa de llegar un oficial de E. M. con orden de prepararnos al momento, porque los rusos emprendían un movimiento sobre nuestro flanco derecho.

»—Muy bien,—contesté. Y, encomendándome el Eterno, volví á quedar dormido, confiando en que me llamarían otra vez. La lluvia cae á torrentes; pero he pasado la noche en cama, por fortuna mía.

»Compadeczo á los infelices que están en las trincheras; los soldados de los regimientos ingleses sufren mucho, y no pasa día sin que mueran varios de ellos, contándose un gran número á quienes se ha enterrado sin las ceremonias de costumbre. Se ha reducido á una

mitad la ración de cada uno; pero yo como poco y me contento con lo que me dan.»

El oficial que esto escribió era el capitán Hedley Vicars, del regimiento 97.º, y murió en la primera batalla empeñada con el enemigo.

Uno de sus compañeros escribió lo siguiente:

«Todos querían y respetaban á Vicars, aun aquellos que no estaban conformes con su estricta religión y los que le conocían mucho tiempo antes como jefe de motines y jaranas, porque verdaderamente era un hombre intrépido y buen cristiano.»

El combate que le costó la vida tuvo lugar el 23 de marzo de 1855. Treinta y cinco mil rusos, saliendo de Sebastopol en el silencio de la noche, forzaron la primera línea de las trincheras francesas, y, dirigiéndose después á las de los ingleses, acercáronse por un barranco con la intención de sorprenderlos y desalojarlos de sus obras avanzadas. Al principio se creyó que eran los franceses; pero Vicars, reconociendo muy pronto á los rusos, mandó á sus hombres tenderse en el suelo hasta que estuvieran á veinte pasos. Llegado el momento, saltó gritando:

—¡Muchachos del 97.º! ¡A la carga!

Y solamente con doscientos hombres atacó á las masas enemigas que avanzaban. Un momento después recibía un bayonetazo en el pecho; pero esto le infundió más valor, y de nuevo resonó su voz, gritando:

—¡Soldados del 97.º! ¡Seguidme!

Entonces se hizo una descarga contra los rusos, á los cuales se rechazó por los lados del barranco. El mismo Vicars hizo morder el polvo á dos rusos, é iba á matar á otro, cuando una bala enemiga le penetró por debajo del brazo, cortándole una arteria. Vicars cayó, y pocos minutos después había dejado de existir.

EL FIN DE UN SITIO

EPISODIOS DENTRO DE SEBASTOPOL EN AGOSTO DE 1855

POR

EL CONDE LEÓN N. TOLSTOY

I

Varios oficiales acababan de sentarse á la mesa para comer. Solamente se había servido una olla llena de caldo y berzas, con pedazos de carne que flotaban en el líquido; mucha pimienta y hojas de laurel. Allí no se usaban servilletas: los cubiertos eran de madera, y no había más que dos vasos y un jarro en vez de botella.

Sin embargo, todos estaban de buen humor, y la conversación no cesó un instante.

Los oficiales hablaron, al principio, de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la quinta batería, servida por los que allí estaban, y discutióse sobre las causas de la derrota. Cada cual emitía su opinión, y todos callaban cuando el jefe tomaba la palabra. Después se trató del calibre defectuoso de los

cañones ordinarios, elogiándose los méritos de los modernos.

Pero nadie tocó el punto referente á la desesperada posición de Sebastopol, como si todos rehuyeran referirse á este asunto.

Durante la comida, una bomba cayó cerca de la casa donde se hallaban los oficiales; las paredes y el suelo de aquélla retumbaron como por efecto de un terremoto, y la ventana se oscureció con el humo de la pólvora.

—Supongo que no ha visto V. esto en San Petersburgo, — dijo el jefe de la batería á un

El comandante arrojó la primera carta sobre la mesa.

—¿Qué contiene? — le preguntaron.

—Se pide un oficial y hombres para servir una batería de morteros: yo no tengo á mis órdenes más que cuatro, y, sin duda, piensan que dispongo de más gente.

Siguióse una pausa, y el comandante añadió:

—De todos modos, es preciso que vaya alguno, pues la orden lo exige así. ¿Quién se irá? Decídanlo Vds. por suerte.



EL FIN DE UN SITIO: Todos los oficiales miraron con curiosidad al comandante al leer las cartas...

joven que tenía á su lado, llamado Volodya, que acababa de llegar de la capital.—Estas pequeñas sorpresas son comunes aquí. Vlang,—añadió, dirigiéndose á uno de los oficiales;—vea V. dónde ha reventado el proyectil.

Vlang se levantó, y, después de mirar por la ventana, dijo que la bomba había estallado allí cerca.

Antes de terminar la comida presentóse un hombre de edad avanzada, que ejercía el cargo de escribiente, y entregó al comandante tres cartas selladas con lacre negro.

—Es muy importante, — dijo el portador.— Un mensajero acaba de llegar con estas cartas del jefe de artillería.

Todos los oficiales miraron con curiosidad al jefe al abrir las misivas, preguntándose de qué tratarían. Tal vez se mandara á todos salir de Sebastopol, ó bien para que fueran á los bastiones.

—Aquí hay uno que nunca ha ido, — dijo un oficial, señalando á Volodya.

El jefe no replicó.

—Sí: ciertamente me agradaría ir, — contestó Volodya, aunque sentía que un sudor frío le corría ya por la espalda.

—Pues á mí no me parece bien, — replicó el otro oficial;—y si el comandante me lo permite echaremos suertes.

Todos convinieron en ello. El capitán Krant cortó varias tiras de papel y las echó en un sombrero.

Volodya fué el primero en sacar una tira: era bastante larga, pero le ocurrió cambiarla para tomar otra más corta; pero al desarrollar el papel leyó estas palabras:

Yo debo ir.

—¡A mí me toca! — exclamó, suspirando.

—¡Bien, bien! — exclamaron varios de sus compañeros.— El Señor sea contigo. ¡Así re-

cibirás tu bautismo de fuego de una vez!

—Vamos,—dijo el comandante;—marche V. cuanto antes; y para que se reanime le daré por compañero á Vlang.

II

Vlang se alegró mucho de la orden de marchar, é hizo muy pronto sus preparativos, y después ayudó á Volodya, recomendándole que llevara en su bagaje su colchón, una cafetera

dió instrucciones y un acompañante para que le condujese á la batería, donde debía ocupar las chozas para él y sus hombres. La que estaba destinada á prueba de bomba, según le dijo su guía, reducía á un largo agujero, cuyas paredes se hallaban revestidas de planchas de roble, y la entrada no medía apenas 28 pulgadas de altura.

Tan pronto como se hubo acomodado su gente, Volodya se hizo la cama en un ángulo, encendió luz, y echóse para fumar un cigarrillo.

Los disparos del enemigo no cesaban, y oían-



EL FIN DE UN SITIO: Volodya en las trincheras

y otros varios efectos que él juzgaba imprescindibles.

A las seis de la tarde hallábanse preparados ya los veinticinco hombres que se debían enviar al mando de Volodya, y que miraron con expresión de simpatía á su nuevo jefe.

Cuando llegaron al montecillo de Malacoff, Volodya notó que su compañero Vlang, en vez de ir detrás como al principio, acababa de colocarse á su lado, agachando la cabeza como si las balas silbasen ya á su alrededor. Algunos de los soldados imitaron su ejemplo, y sus semblantes revelaban mucha inquietud, si no temor.

Volodya, deseoso de que no se le tomara por cobarde, trató de reanimar á todos con sus palabras; pero de repente enmudeció ante un espectáculo imprevisto que le produjo mucha impresión. Cuatro soldados estaban cerca de la obra defensiva, y entre ellos veíase el cuerpo de un hombre sin zapatos ni levita, y los que le sostenían trataban de llevarlo á la muralla.

Volodya quedó inmóvil durante un momento y como petrificado; mas, por fortuna, llegó en aquel instante el jefe del bastión, quien le

se silbar de continuo los proyectiles sobre la choza, aunque sin llegar á tocarla; pero las balas de un cañón, en particular, pasaban tan cerca de ella, que hacían retemblar las paredes.

Sin embargo, Volodya, inmóvil en su rincón, pero algo inquieto sobre el giro que para él podían tomar las cosas, sentía cierta ligera opresión, tal vez no por efecto del miedo, pero quizás por alguna cosa que se le parecía bastante. En cuanto á sus hombres, no sabían qué pensar de su nuevo jefe, y esperaban que algún incidente les diera á conocer qué clase de hombre les mandaba.

III

Si Volodya era hombre valeroso, no tuvo ocasión de distinguirse, pues al día siguiente de haberse presentado para prestar sus servicios en la batería de morteros, el fuego cesó del todo, y por la noche, á eso de las nueve, comenzó el embarque de los defensores de la plaza.

A lo largo de la línea de bastiones que rodea-

ta á Sebastopol, donde durante tantos meses se presenciaron actos de valor, donde por espacio de tanto tiempo la muerte arrebató un héroe tras otro, y donde se infundió al enemigo primeramente un justo temor, después odio, y, por último, admiración; en los bastiones de Sebastián de Sebastopol, en fin, no quedaba ya un solo hombre: todo estaba muerto, abandonado, lugubre, pero no silencioso.

La obra destructora continuaba aún; las explosiones habían diseminado por el suelo cureñas y furgones, que aplastaron los cuerpos de rusos y enemigos; acá y allá veíanse pesadas piezas de artillería, destrozadas en parte, cuyo estampido no se volvería á oír jamás; bombas y proyectiles enclavados en el suelo á gran profundidad; restos de reductos y obras defensivas; cadáveres por todas partes; y todo esto iluminado por el fatídico resplandor de las explosiones que á cada momento resonaban.

El enemigo comprendió que algo sucedía dentro de Sebastopol, pero sin saber lo que era, si bien las continuas explosiones y el silencio de muerte que reinaba en las obras defensivas infundían verdadero pavor. No podía sospechar lo que era, ni creer que después de la resistencia de aquel día el enemigo desapareciese sin oponer más. Sin moverse, sin hablar, los sitiadores esperaron el fin de aquella triste noche.

El ejército de Sebastopol, después de haber evacuado la plaza, dirigíase á la bahía, y por el puente y las fortificaciones del norte avanzaba con lentitud, como un torrente silencioso, á favor de la oscuridad de la noche, dejando tras sí el lugar donde se habían presenciado tantos actos de intrepidez de los héroes que vertieron su sangre generosamente en defensa de la patria, resistiéndose á un enemigo dos veces más poderoso.

El primer efecto producido en los rusos por la orden de evacuar fué una profunda tristeza, y el segundo un sentimiento de temor, pues los soldados comprendían que estaban indefensos fuera de la plaza en que combatían con tanto denuedo, y así es que se precipitaban en la oscuridad para ganar la entrada del puente.

La infantería avanzó primero en confusión, seguida de furgones cargados de armas; los oficiales se abrían paso como mejor podían; los habitantes de la ciudad suplicaban que se les permitiese pasar también, y la artillería rodaba por el puente con atronador estrépito.

De buena gana se hubieran detenido muchos soldados para ver si salvaban algunos de sus quinientos compañeros heridos que había sido preciso dejar en el muelle de Paulovsky; pero el instinto de propia conservación y el afán de escapar cuanto antes de aquel lugar de muerte se anteponía á todo.

Sin embargo, otro sentimiento era más fuerte aún en los corazones de aquellos soldados, sentimiento de pesar y de cólera á la vez, excitado por aquella retirada. Al volver la cabeza para contemplar Sebastopol con una mirada de tristeza, casi todos los soldados experimentaron como un remordimiento, lamentándose

de que una imprevista orden les hubiera obligado á dejar los muros, detrás de los cuales estaban dispuestos á defendese hasta la muerte.

KIELD

Al sud de Varde en Dinamarca, y hacia el punto llamado Ribe, se ven dos túmulos ruiñosos, á los cuales se ha dado el nombre de *Celdas de los Ladrones*, suponiéndose que una cuadrilla de bandidos se ocultaba en otro tiempo allí. En aquella época apenas era posible que los viajeros pasaran por allí, sin ser atacados y saqueados. Los carreteros y arrieros sufrían más particularmente por tal causa, y era muy difícil para las autoridades perseguir á la cuadrilla, porque sus individuos tenían varios escondites en Gellerup y otros pueblos de las inmediaciones.

Cierto día, por la tarde, un joven llegó á Endrupholm, antigua casa-castillo situada cerca de Varde, y pidió permiso para permanecer allí durante la noche, alegando que le habían perseguido los ladrones, lo cuales esperaban, sin duda; por lo cual no sería prudente continuar su viaje hasta que amaneciese el día. Dijo también que le habían asaltado en un brezal, después de caer su caballo, que tropezó contra una cuerda tendida en el camino. Por fortuna, pudo escapar á pie, y con la mayor dificultad llegó á la casa-castillo.

El propietario y su hija recibieron al desconocido con la mayor cortesía, y dispensáronle cuantas atenciones les fué posible para hacerle olvidar la desagradable impresión que el encuentro con los ladrones debió producirle. Esto fué particularmente fácil al padre, por cuanto el extranjero dió á conocer en el transcurso de la conversación la delicadeza y el buen tacto de una persona bien educada; mientras que á su hija no le costó mucho mostrarse bondadosa, atendido que el joven era muy bien parecido, y éste había manifestado desde luego la admiración que le causaba la belleza de la hija del castellano.

El desconocido manifestó que era hijo de un caballero llamado Kield, que habitaba al otro lado de Kolding, y que había viajado todo el verano por el país para distraerse.

El día siguiente pasó, y el extranjero permanecía aún en Endrupholm, cuyos dueños se complacían más y más con la sociedad de su huésped. Este último consintió en ser el compañero del castellano en una partida de caza; jugaba con él á los naipes, y su presencia interrumpió la monotonía de la existencia en el castillo. La joven escuchaba con la mayor atención cuanto el huésped refería de sus viajes por diferentes países y ciudades, y ruborizábase al oír los elogios que de vez en cuando hacia de ella, ensalzando su hermosura.

Así pasó Kield un mes en la casa-castillo. Cada día fijaba su marcha para el siguiente, pero aplazábase el viaje de continuo, por las persuasiones é instancias del castellano. En

resumen: cuando, al fin, se despidió, ya era novio de la hermosa doncella, y salió del castillo con gran sentimiento del dueño y de su hija; pero al marchar prometió volver pronto, añadiendo que, entretanto, daría cuenta á su familia del compromiso contraído, induciendo á su padre á que le acompañara á su regreso.

Su ausencia pareció al castellano y á su hija larga y enojosa; y cuando, al fin, volvió el joven, fué recibido con los brazos abiertos. No solamente traía el consentimiento de su padre, sino también las más afectuosas expresiones de toda la familia, con excusas del padre por no haber acompañado á su hijo, á causa de estar padeciendo una enfermedad que le impedía salir.

Se acordó que el matrimonio de los jóvenes se efectuase en la primavera. Entretanto, Kield permaneció en la casa, y cada día fué más querido del padre y de la hija. El primero reconoció que era un compañero sin igual para la caza, aunque él era muy hábil en este ejercicio, y apreciaban mucho la afición de Kield á este género de diversión. Tanto es así, que pasaba en el bosque mucho más tiempo del que su novia hubiera deseado, sin que las advertencias de ésta sobre el peligro de tener un encuentro con los ladrones le retrajesen nunca de emprender sus excursiones favoritas.

Cierto día Kield fué á cazar, según su costumbre, y la noche sobrevino sin que volviera. Esto hizo concebir serios temores á su novia, la cual prevaleció sobre su padre, que hacía algún tiempo no podía entregarse á su recreo favorito á causa de una caída de caballo, para que fuese á buscar á Kield.

El anciano lo hizo así para complacer á su hija, y durante algún tiempo recorrió el bosque sin encontrar á su futuro yerno. De repente, oyó pronunciar su nombre á corta distancia de él; escuchó, y pudo ver dos figuras que se aproximaban desde un matorral que las había ocultado hasta entonces. Se escondió cautelosamente detrás de un corpulento árbol, sin que le observaran los desconocidos que seguían avanzando, y allí esperó á que pasasen.

Lo que el anciano oyó fué muy suficiente para que se le erizaran los cabellos. No pudo dudar que se hallaba en la inmediación de la guarida de los ladrones, y juzgó que lo más prudente era permanecer allí quieto y esperar el resultado.

A los pocos minutos los dos desconocidos se despidieron: el uno desapareció por un recodo del camino, y el otro, que, en cuanto el castellano pudo juzgar por la escasa luz, era una mujer ya vieja, dirigióse al sitio donde él estaba. Al llegar á una especie de túmulo rodeado de espesura, permaneció un momento inmóvil, mirando á todas partes; y después, sin grande esfuerzo, al parecer, retiró de su sitio una gran losa plana que había al pie del túmulo; introdujose por la abertura que había quedado en descubierto, y en seguida hizo correr la piedra desde dentro, dejándola como estaba antes.

El castellano tomó al punto su resolución:

desenvainó su acero, levantó la piedra y siguió á la mujer. Al pasar por la abertura, su pie tropezó en una estrecha escalera, y por ella bajó tan silenciosamente como le fué posible. A medida que bajaba ensanchábbase la cavidad; y cuando, al fin, estuvo otra vez en tierra firme, encontróse en una espaciosa cueva formada por grandes moles pedregosas, y cuyas paredes iluminaban dos teas encendidas. Diseminadas en el suelo, veíanse algunas ropa y armas; y en una mesa muy larga había provisiones de boca y botellas de vino, llenas aún. Del techo pendía una campana de grandes dimensiones, que sonaba cuando alguien pasaba por el camino.

En la hora en que el castellano de Endrupsholm visitó la cueva, afortunadamente para él no se hallaba allí más que la vieja, que, sin sospecharlo, le había servido de guía. En aquel instante acababa de introducirse por el paso que conducía por debajo del camino á otros túmulos del lado opuesto, y por esta causa no pudo oír el ruido que produjo la entrada del castellano. Cuando la mujer volvió, juzgando por la lentitud con que andaba y por su manera de extender las manos ante sí, el señor de Endrupsholm comprendió que era ciega.

Después de examinar durante algunos minutos con temor y curiosidad lo que veía ante sí, el castellano oyó de pronto un ruido sobre su cabeza; la campana tocó, y la vieja sonrió con aire de satisfacción, murmurando:

— Ya están aquí! ¿Qué me traerán de bueno esta noche?

Muy inquieto, y temeroso de que le descubrieran, el anciano paseó la mirada á su alrededor, buscando con la vista un sitio para esconderse; y en el mismo instante de levantarse la piedra que daba paso á la cueva, introdujose debajo de un catre viejo que vió en un rincón.

Apenas lo hubo hecho así, oyó el rumor de muchas voces, y ocho ó diez hombres bajaron por la escalera. Uno de ellos llevaba en sus brazos una mujer joven.

— Aquí tenéis, madre mía. — dijo. — Esta es nuestra presa por hoy: es la más hermosa mujer que jamás he visto, y de buena gana habría roto la cabeza á Jacobo por haber muerto á esta joven. Si yo hubiese llegado á tiempo, habría vivido para ser mi esposa. Ahora no hay ya nada que hacer más que despojar el cuerpo de lo que lleva y enterrarla junto á los otros.

Mientras el ladron hablaba así, algunos de sus compañeros se apoderaron de las joyas que adornaban á la desgraciada joven, y solamente les faltaba ya arrancarle del dedo una sortija de oro macizo, que, á pesar de sus esfuerzos, no podían sacar. Uno de los hombres, impacienteado, al fin, cogió una hachuela, y, colocando la mano sobre el borde del catre, bajo el cual se ocultaba el caballero, cortó el dedo de un tajo. Por la violencia del golpe, aquél cayó debajo de la cama, y fué un milagro que no se descubriera al hombre oculto mientras los ladrones buscaban el dedo.

Afortunadamente para él, uno de los bandos observó que ya lo encontraría más tarde,

y que lo más urgente por lo pronto era enterrar el cadáver en el otro túmulo y cenar después. Esto pareció conveniente, y así se hizo.

Poco después, los ladrones ocuparon sus asientos al rededor de la mesa, y comenzaron a comer y beber; de modo que el anciano, que estaba debajo del catre, pudo observarlo todo. Cuanto más bebían, mayor era su esperanza de tener una oportunidad para huir; mas la noche

VARIEDADES

MUJERES QUE EJERCEN LA MEDICINA EN AMÉRICA

De una estadística recientemente publicada tomamos los siguientes datos referentes al número de mujeres que en América ejerce la medicina. Según aquélla, existen más de dos mil médicas. De éstas, 180 han adoptado las doc-



KIELD: Ocho ó diez hombres bajaron por la escalera

estaba ya muy adelantada antes de que aquellos bandidos se levantaran de la mesa para entregarse al reposo, casi todos ebrios.

Apenas hubieron apagado las luces, el anciano trató de abandonar su escondite. Poco a poco y silenciosamente salió de él arrastrándose, cuando todo estuvo tranquilo, y pudo llegar a la escalera; mas en el acto de subir, en medio de la oscuridad, dió un paso en falso y cayó pesadamente en el suelo.

El ruido despertó a uno de los durmientes, que se levantó al punto, preguntando qué ocurría; y como no recibiese contestación, dirigióse a la escalera, en cuyo momento vió al anciano moviendo la piedra para salir del agujero.

(Se concluirá)

trinas homeopáticas; 70 son médico-cirujanas de los hospitales; 95, profesoras en las escuelas de Medicina; 610 se consagran exclusivamente a las enfermedades de su sexo; 70 son alienistas; 65, ortopédicas; 40, oculistas, y 30 se dedican al sistema electro-terapéutista.

Como se ve por los datos apuntados, las médicas americanas cultivan todas, ó casi todas, las ramas de la ciencia médica.

El Canadá no posee más que una sola escuela de Medicina que sea exclusivamente reservada a la educación científica de la mujer; pero en los Estados Unidos, solamente existen diez, entre ellas una homeopática.

En la Universidad de la Habana existían, no hace mucho tiempo, matriculadas, dos ó más señoritas en la facultad de Medicina.